

JORGE DE SAN JORGE

EL NUEVO PROMETHEO

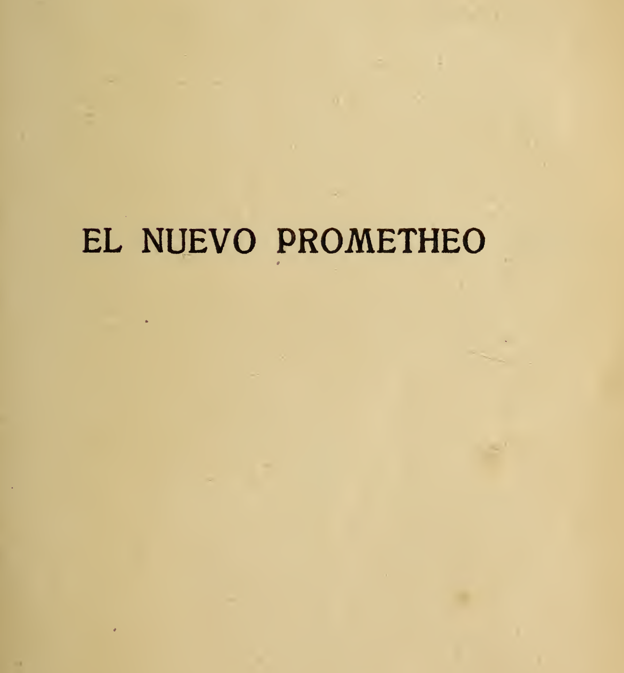
TRAGEDIA FANTÁSTICA



1916

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
MADRID

EL NUEVO PROMETHEO



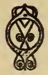
EL NUEVO PROMETHEO

TRAGEDIA FANTÁSTICA

EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

POR

JORGE DE SAN JORGE



VALENCIA

IMP. DE ANTONIO LÓPEZ Y COMP.ª
Isabel la Católica, núm. 5
1916

PERSONAJES

El Doctor, Ingeniero de una Fábrica.
El Artista, Escultor.
El Soñador, Artista.
El Noctámbulo, Artista.
El Fatalista, Artista.
El Supersticioso, Artista. (Enfermo de la vista).
El Rebelde, Artista.
Carlos, Ayudante del Doctor.
D. José, Gerente de la Fábrica.
Una Madre.
Dos niños pequeños.
Una anciana.
Satanás.

La acción pasa en un país imaginario y en la época actual.

PRÓLOGO

EL POETA

Más de 25 siglos van pasados, desde que uno de los más grandes genios de la Humanidad, el inmenso Eskilo, dió a conocer su sublime tragedia **PROMETHEO ENCADENADO.**

En ella, como sabéis, un dios de la mitología Helena, **PROMETHEO,** *vencido y preso por otro dios superior,* **ZEUS,** *sufre entre cadenas la pena que le ha sido impuesta por su* **AMOR** *a los hombres, y por haber llevado a ellos la* **ESPERANZA,** *con más el fuego divino, supremo honor de los dioses, con el cual aquéllos revolucionaron todo lo existente en la tierra.*

Con heroica firmeza sufre **PROMETHEO** *la prisión y el tormento; mas su brava energía protesta contra la injusta sentencia, e injuria a* **ZEUS** *y le profetiza que será hundido su trono.*

Las palabras del dios vencido se escuchan con asombro y terror en el Olimpo, y más airado aún **ZEUS,** *envía un mensajero a la tierra para que comunique a aquel alborotador del pueblo, su mandato de que explique sus palabras y se retracte de sus injurias bajo pena de más terribles castigos; mas* **PROMETHEO** *con altiva y valiente energía desprecia las amenazas, y acepta todos los tormentos antes que humillarse a la tiranía de dios injusto.*

Ante esta conducta del dios preso, estalla formi-

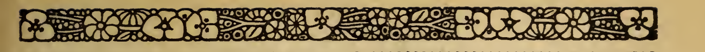
dable la cólera de **ZEUS,** *y sus amenazas conviértense en obras. Ennegrécese el cielo, la tierra se conmueve, los vientos giran violentos, retumba el trueno, rásgase el cielo, fulgura el rayo, y* **PROMETHEO,** *proclamando su inocencia, se hunde en el abismo, donde permanecerá hasta que según el mandato de* **ZEUS,** *un dios no se preste a sustituirle en sus trabajos, y quiera bajar a las obscuras y caliginosas profundidades del Tártaro...: He ahí el pensamiento de Eskilo.*

. . . .

. . . .

. . . .

Han pasado los siglos... y en el estado actual de la Humanidad, que hoy como entonces viendo veía en vano y oyendo no oía, cree ver el autor de la Leyenda que oiréis ahora, algo así como la necesidad para los hombres de la **COMPASIÓN** *y el* **AMOR** *de un nuevo* **PROMETHEO...,** *y tal es su convicción, que su vehemencia, rayando ya en la locura, llegó hasta el extremo de atreverse a trazar en aquélla un boceto de este pensamiento; mas asombrado luego y siempre de su osadía, a vuestra indulgencia se acoge, y vuestro perdón suplica. Séale, pues, vuestra bondad propicia.*



ACTO PRIMERO

Estudio de un Escultor en el que figura una hermosa y varonil escultura, al pie de la cual hay escrito el lema, LA INTERROGACIÓN.

ESCENA PRIMERA

El ARTISTA y el DOCTOR

Doctor

(Entra lentamente en la escena y se dirige a la estatua, permaneciendo ante ella unos momentos contemplándola y leyendo el lema que figura al pie de la misma).

«La Interrogación»...

¡Bravo, Artista!... ¡Tú obra es verdaderamente una interrogación a los cielos!... ¡Has conseguido representar la realidad viviente!... ¡Has logrado concretar la belleza!... Te felicito cordialmente.

Artista

Y yo a tí por comprenderla, querido Doctor.

Doctor

Phs... Yo comprendo la belleza a mi modo... ¿Qué han dicho los otros?

Artista

Aún no han llegado. Les escribí como a tí rogándoles que vinieran esta noche a beber una copa, con motivo de la terminación de mi obra, y supongo que no dejarán de venir. (Escuchando). Creo que son ellos... Ahora sabremos su opinión.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS y el FATALISTA, el SOÑADOR, el SUPERSTICIOSO y el NOCTÁMBULO

Fatalista

(Entrando). Tenía que suceder...

Supersticioso

Eso temía yo...

Soñador

Adiós, señores.

Noctámbulo

Büenas noches.

Artista

Buenas noches.

(Se dirigen todos a contemplar la estatua).

Fatalista

(Leyendo). ¡La Interrogación!...

Artista

¿Cómo encontráis mi obra?

Todos

Bien. Müy bien...

Artista

No me satisface ese «müy bien». Deseo oir vuestras observaciones... ¡Pero torpe de mí!...

(Se dirige a la puerta del foro y da una palmada, apareciendo seguidamente la anciana).

Artista

Madrecita: Deja de llorar por tus hijos. La guerra ya terminó para tí, y hoy es día de júbilo para tu ahijado.

Tráenos vino.

(Se retira la anciana y entra luego trayendo una bandeja de dulces, copas y un cesto de botellas de *champagne).*

Artista

Deja eso sobre la mesa, tráenos también tabacos y retírate que nosotros nos serviremos.

(Vuelve a entrar la anciana, deja los tabacos sobre la mesa y sale).

Artista

(Sirviendo vino a todos). Vamos, bebed y hablad... Ea: vengan vuestras censuras...

Doctor

Yo ya he hablado. Que hablen estos.

Fatalista

¿Y qué has opinado tú?

Doctor

Que esa es verdaderamente la expresión de una interrogación a los cielos.

Fatalista

Claro es que hay que tener en cuenta el temperamento del Artista; pero no obstante, yo veo en esa obra demasiado atrevimiento; algo así como rebelión.

Supersticioso

También veo yo algo de eso en ella: Hay mucho reto en esa expresión, Artista.

Artista

¿Y tú, qué dices, Durmiente?

Soñador

Que es la expresión de una eterna e inútil pregunta a los cielos.

Artista

Habla tú, Noctámbulo.

Noctámbulo

Yo para poder juzgar bien tu obra, necesitaría

verla sobre la escarpada costa de un mar espacioso, en noche de tempestad e iluminada por la luz del rayo. Aquí, en este ambiente, ni veo nada, ni puedo imaginarme nada. La expresión de tu obra no es traducible, para mí, más que allá dónde y cómo te he dicho.

Artista

¡Bueno; pero en este momento no podemos ni cargar con ella, ni provocar una tempestad! Bebe más y puede que todo se concilie. Toma...

Doctor

Oye, Noctámbulo. ¿Qué ambiente de tempestad quieres encontrar mayor que el de esa maldita guerra que sostenemos? ¿Qué horror más grande quieres conocer que el de esa feroz contienda? ¿Qué mayor agonía que la de no saber el término de esa espesa negrura preñada de desolación y muerte?

¡Tras esto decís también que hay en esa obra demasiada rebelión o demasiado reto! Yo no lo veo así; pero como hoy se lleva y se trae tanto eso del temperamento del Artista, y yo no sé lo que el vuestro entenderá por rebelión y por reto, no insisto y me callo, que no es cosa de perder el tiempo hablando a mujeres histéricas de lo que no han de comprender.

Artista

Loco..., Loco...

Doctor

¡Loco..., Loco!... ¿Porqué?...

Loco es el viento, cuando en su furia se empeña hasta en hundir la tierra. Loco... el mar, cuando celoso y airado quiere seguir al viento y sobrepujarle...; ¿mas contra qué imposible me habéis visto luchar, para que podáis colegir mi locura?...

Artista

Tú quieres luchar contra algo que es imposible e innecesario vencer.

Doctor

¡Tú qué sabes!...

Artista

Sé lo suficiente para comprender que mi rebelión no debe salir de la esfera del Arte. El fin del Arte es la belleza o la utilidad, y tal fin forzosamente tiene que estar reñido con toda alborotadora locura...

Créeme: protesta siempre cuanto quieras dentro del terreno del Arte; pero ante la realidad resígnate, y si hoy no sabes hacerlo aprende a modificar tu temperamento, que nuestro reino no puede estar en otro punto que allá donde esté la belleza y la utilidad.

Y no creas que esto que te digo es reflejo de una voluntad incierta cual vuelo de mariposa, y a quien solo atraen las flores de la vida, ni que estos pensamientos míos, por su locura, puedan correr pareja con los tuyos... No, nada de eso, y para convencerte, que hablen éstos, que cada uno exprese su concepto de la vida, y verás cómo a todos nos horroriza también algo en ella, contra lo cual protestamos y hasta nos sublevamos; pero no como tú piensas hacerlo, sino de un modo artístico, que es lo más moderno y lo más práctico.

¿No estáis conformes conmigo?...

Vamos...: Bebed... y hablad...

Soñador

No necesito beber mucho para decir, que no sé lo que vosotros hallaréis en la vida... Por mi parte sólo encuentro aspiraciones y necesidades; esto es: contradicciones de nuestra doble personalidad de Señor y de criado..., de espíritu y de materia..., y las víctimas o los héroes de uno ú otro de estos dos principios...

Mas de todo ello viene a librarnos el sueño. En él, la contradicción y la lucha duermen, y el alma despierta vive y goza, que la vida sin placer es condenación, y el placer sin sufrimiento es un ensueño...

De ahí el porqué procuro cambiar el modo de ser de mi existencia, pues duermo como alma cuando vivo como hombre, y duermo como hombre cuando vivo como alma.

Y ahí tenéis expuesto mi concepto de la vida, y mi manera artística, como tú dices, de luchar en ella.

Artista

No está mal hablado, Soñador.

¿Y tú qué dices, Noctámbulo?...

Noctámbulo

Dadme de beber.

Artista

Toma vino, y si él no es bastante para hacer charlatana tu sinceridad, te daremos aguardiente.

Noctámbulo

Probablemente no me entenderéis.

Artista

Tú habla, que si no te entendemos, beberemos hasta que lleguemos a comprenderte.

Noctámbulo

¿Qué queréis que os diga de mi vida?

Artista

El por qué de tu amor a la noche.

Noctámbulo

Phs... Dejando a un lado ciertos convencionalismos porque ya es ridículo hasta hablar de ellos, os diré, que amo la Noche, porque en ella adquiere más inten-

sidad la Naturaleza. La Noche no sólo da vida a las cosas, sino que dūrante ella éstas exteriorizan una personalidad qūe al alborear el día se esconde temerosa de la lūz y de los hombres.

Artista

No te entendemos. Bebe más. Toma...

Noctámbulo

Sea; y pūes lo queréis y aunqūe no me comprendáis, os diré, qūe para mí, la Natūraleza tiene ūn ideal que sólo se manifiesta al alma humana en el silencio de la Noche.

Doctor

¿Y qué dice ese ideal?...

Noctámbulo

Lo qūe dice la Noche: *Transformación* y *Eternidad.*

Doctor

Bah..., Bah... Eso ya lo sabíamos... ¿Qué otra cosa dicen esos seres qūe exteriorizan su personalidad durante la noche?

Noctámbulo

Qūe hay siempre un principio engañador en el fondo de todas las cosas, que en la Naturaleza no existe el *Bien* ni el *Mal,* y que sólo el *placer* rige la vida.

Doctor

¿Olvidas la *pena?...*

Noctámbulo

No: La pena es sólo falta de placer.

Doctor

No encuentro luz entre tūs pensamientos.

Noctámbulo

Ten en cuenta que habla la Noche: Además, ya os dije que no me comprenderíais.

En la Naturaleza como en nuestra alma, existe algo misterioso e indefinido, que hace tan vano el intento de precisarlo con el pensamiento, como el de expresarlo con la palabra.

Fatalista

Bah... No hagas caso de tanta negación, que lo que está escrito ha de cumplirse: Créeme a mí.

Noctámbulo

Eso es más fácil decirlo que probarlo.

Fatalista

Sí; no es fácil probar de donde proviene el mandato que de un modo fatal lleva al hombre a la realización de un hecho. ¡Quién conoció jamás los caminos del Destino!... Mas para mí es forzoso reconocer la existencia de dioses o Demonios que rigen la vida de los humanos, y cuyos designios se cumplen siempre fatalmente.

El Olimpo Heleno era una realidad que hacía comprender a los hombres las fuerzas que rigen sus acciones, y nada sería mejor que restaurar de nuevo su imperio.

Doctor

Y que explotarlo.

Artista

¡Ja..., ja..., ja!... Algo habría de eso... ¿Quién lo duda?

Fatalista

¿El qué?...

Artista

¡No sería mal negocio!... ¡Ja..., ja..., ja!...

Fatalista

¡Bah! Sois unos imbéciles...

Artista

A probarlo.

Fatalista

¿El qué?...

Doctor

Lo de la existencia de esos seres superiores.

Supersticioso

Eso pregúntaselo a los poderes ocultos.

Doctor

¿Pero es qué existe algún poder oculto o sobrenatural?... pájaro de mal agüero...

Supersticioso

¡Imbécil! Sobrenatural no existe nada; mas no es posible admitir, ni que la última palabra de la creación sea la tumba, ni que si en la vida se encuentran dos almas que se atraen o se repelen, su amor o su odio se extinga con la muerte, si con la vida no terminó su expiación... Creedme: siempre tenemos a nuestro lado el amor o el odio de los seres que fueron, pero sin que jamás nos demos cuenta de dónde proviene el beso de la suerte que nos halaga, o el zarpazo de la desgracia que nos hiere. Y este olvido, o esta ignorancia, es precisamente la pena de aquellas almas, que toda vida es un amor que alienta y una expiación que ha de cumplirse.

Doctor

Emborráchate y duerme o calla, lechuza del In-

fierno; que has traído sobre nosotros un ambiente de misterio y tristeza que hiela el ánimo.

Supersticioso

Dadle vino a éste para que pueda disolver un poco de alegría en su rabiosa amargura.

Doctor

¡Qué sabes tú, visionario! Anda bebe, y emborracha también a esos poderes ocultos, a su amor y a su odio, hasta que nos digan algo más agradable o más útil.

Supersticioso

Bah. No hay que hacerte caso.

ESCENA SEGUNDA

Los MISMOS y el REBELDE

(Se oye un rumor lejano de voces).

Artista

¡Eh! ¡Eh!... Aquí está el Rebelde.

Rebelde

(Entrando). Buenas noches. Salud a todos.

Doctor

Toma y bebe, Rebelde: Luego suelta alguna barbaridad; pero que sea nueva, ¡eh! Nada de repertorios usados. ¡Ah! Ante todo mira esa obra y dinos tu opinión. (Señalando la escultura).

Rebelde

No entiendo ese Arte. Ya lo sabe éste y lo sabéis vosotros también.

Doctor

Bueno; pues dí algo; ¡pero bebe, hombre, bebe! Habla. ¿Qué nos dices hoy?...

Rebelde

Nada. No estoy ni para frases ni para discursos. Acabo de ver llevar al Depósito a una mujer, que con su cría, los han encontrado muertos de frío y de hambre.

Artista

¿Y esas voces que hemos oído antes, qué eran?

Rebelde

Nada. Cantos de soldados a quienes instruyen para enviarlos al frente y que regresan ahora a sus cuarteles. ¡Pobre mujer!

Doctor

Eso no es nuevo.

Rebelde

Nunca lo fué el hambre ni el abandono. ¡Peste de sociedad!

Artista

Pero tú vives.

Rebelde

Vivo, sí; pero es porque hago lo que mi perro. Cuando no tengo que comer, robo, y luego muerdo por defender lo robado.

Doctor

Eso es muy humano.

Artista

Bien. Señores, se está acabando el vino y por tanto se declara suficientemente explicada la situación. Establezcamos, pues, nuestras conclusiones:

Convencionalismos elevados a la categoría de valores reales; ambiciones y codicias que matan o salvan; una Naturaleza adversa o indiferente, y un ambiente de inquietudes, amarguras, pesimismos y ansias de reden-

ción, que ahogaría en sufrimiento si tomásemos la vida demasiado en serio...

¿Falta algo más?

Rebelde

No. Esa es la vida.

Artista

¿Estamos conformes?

Varias voces

Conformes.

Fatalista

Yo no estoy conforme. Te has olvidado de la *Justicia.*

Doctor

¡A qué hablar de lo que no se comprende!

Fatalista

Hablo de la *Justicia* de los hombres.

Doctor

Pues entonces no hablemos de alcahuetas.

Artista

¿Crees tú que falta algo más?

Doctor

Sí. Diga lo que quiera la Noche, para mí no hay que olvidar el *Bien.* Poco hay entre los hombres, pero no es justo que prescindas de él en tu liquidación de valores.

Artista

Conforme. Tú dirás dónde se encuentra.

Doctor

¡Lo sé yo acaso! Nunca llamó a mi puerta.

Varios

Ni a la mía tampoco... Ni a la mía...

Supersticioso

El *Bien* está en la *Caridad.*

Soñador

La *Caridad* hüyó del mündo, e hizo bien. El *Progreso* la süstituye hoy por üna mezcla de *compasión* y *egoísmo;* pero está müy mal falsificada.

Artista

¿No conoce nadie el *Bien?*

Noctámbulo

No.

Fatalista

Para mí está en la realización de un *Ideal.*

Rebelde

Sí; pero los que ambicionando la realización de ün *Ideal* sigüen el camino del *Bien*, se hünden. La ambición sólo se nütre del *mal,* el *Bien* la agosta y seca.

Noctámbulo

No cansaros que no lo encontraréis.

Supersticioso

El *Bien* está en la *Esperanza.*

Doctor

Algo hay de eso; sí. El porvenir siempre fué üna esperanza, como el pasado siempre füé un süeño, como el presente siempre es una decepción...; más a pesar de todo, el *Bien* existe, y con la *Esperanza* hay qüe luchar por hallarlo.

Rebelde

¡Hurra por la *Aurora roja!...*

Doctor

Déjate de fanfarronadas, Rebelde. A la *Aurora roja* sólo van los tuyos por el camino del hambre, y tú y tu perro estáis bastante bien alimentados para llamar a la desesperación.

Rebelde

La *Aurora roja* llegará cuando la llame el *hambre* o la sed de *Justicia,* o las dos cosas a la vez. Esto no lo sabe mi perro ni tú tampoco.

Doctor

Anda y que te ahorquen. Lo mereces por feo y por fracasado.

Rebelde

¡Tú que sabes, loco..., más que loco!...

Artista

Bien, señores: quedan aprobadas las conclusiones anteriores. Ahora a acabar con el vino antes de que se tuerza. Luego cada cual a su jaula, y que el santo espíritu de la resignación egoísta se apodere de todos nosotros.

Doctor

¡Siempre la resignación! ¡Cobardes, fracasados todos, egoístas, imbéciles!...

Rebelde

¡Mal rayo te parta, loco del infierno!... ¡Tú lo has dicho! ¿Si fracasaron todos los ideales, qué hemos de hacer sino resignarnos? ¿Quieres que alborotemos al pueblo para que lo ametrallen?

Artista

Oye, loco. Si el vino aún no se te ha vuelto vinagre, escúchame:

Hubo tiempos, como sabes, en que los más grandes

talentos trabajaron a porfía para poner de acuerdo los antiguos principios de la razón y el instinto, pues, como sabes también, ambos tienen sus derechos; pero el mundo, cansado de tanta enseñanza, perdió la paciencia y se hizo escéptico.

Más tarde, los hombres, considerando que era más de razón el egoísmo que la razón, abandonaron francamente la solución escéptica y rindieron desde luego culto al egoísmo; pero conservando, por ser también de razón, las formas de la razón.

Y de ahí la trama de la comedia de la vida, notable farsa en que la razón se acata y el egoísmo se cumple, y contra la cual, ni se puede ni conviene hacer ya nada, que es cosa muy harto sabida, que el egoísmo es la razón más suprema, y que en la lucha por la vida toda moral y toda piedad estorban.

¡Ambición y codicia!... ¡He aquí franca y claramente compendiado el lema y la divisa de todos!... ¿Qué otra causa que no fuera ésta, lograría llevar a los hombres de medio mundo a luchar contra los del otro medio, si fuera necesario? ¿Quieres levantar al pueblo o conmover la Nación, pues dinos antes con llaneza qué pedazo de carne les hemos de ofrecer para que lo devoren, o a quién hay que quitárselo, y los verás luchar como héroes?...

Esta es sin ambajes, la realidad alcanzada después de más de veinte siglos de correr tras la verdad ideal. ¿Qué hacer sino admitirla? ¿No te convence la opinión y el aplauso de todos?

Noctámbulo

Conforme.

Rebelde

Como que no puede ser de otro modo.

Doctor

Oye, Artista: No me dirigía ni me dirijo al dormido

pueblo, ni a sus despiertos explotadores, sean los que fueren. Hablaba y hablo contra esa teoría de vida cüya aspiración más suprema son los gajes, y cuya mejor razón es la opinión y el aplauso de los desarrapados de cüerpo o de alma siempre que sean muchos.

Artista

Da tú otra solución, loco, y habla de üna vez; pero claro y sin rodeos, como yo he hablado.

Soñador, Noctámbulo y Rebelde

Eso. Habla. Habla claro.

Fatalista y Supersticioso

¡Habla! ¡Habla!

Doctor

Pües luchar porqüe la *Razón* y el *Amor* vüelvan a los hombres...

¿Créeis, cobardes e imbéciles, que el mündo püede detenerse en donde lo dejeis vosotros? ¡Sobre las ruínas de los diversos templos levantásteis sólo mercados donde todo se tasa y se vende; mas es preciso evitar que vüestro utilitarismo llegue sólo también a las generaciones venideras!

Artista

¡Bah..., bah..., bah!..., ¡Pobre de tí, necio y loco a la vez, qüe no comprendes que la *Razón* y el *Amor* son sólo aspiraciones filantrópicas hijas de todo ánimo enfermo, y qüe esa idea contra la cual piensas luchar, es tan fuerte como la roca que el mar y el viento quieren hundir en sü furia!

Además: ¿A qué luchar si la vida se nos dió para el placer?... ¿A qué ese empeño por sostener valores convencionales con los que sólo viven y gozan unos pocos, siendo tantos los qüe tenemos derecho a vivir

y a gozar? Desengáñate, y como todos vive y goza cuanto puedas y como puedas...

Doctor

¡Ca!: ¡No lo creáis, ni lo creas tú tampoco!... Lo qüe tú consideras roca inconmovible, es sólo ün andamiaje cuyos nümerosos brazos vuestra codicia los considera brazos de ambición, y vüestra cobardía brazos de horca; mas yo os aseguro que ese andamiaje ha de hundirse con un estrépito tal, cual jamás estrépito alguno con asombro de la tierra retumbó en los cielos... ¿No queréis lüchar?...; bien..., dejadlo...; por mi parte, yo os juro, barricas sin fondo, lobos hambrientos, yo os prometo que el andamiaje ha de hundirse y qüe la *Razón* y el *Amor* reinarán en la tierra...; mas mientras tanto, que se nuble vuestra dignidad, qüe venga sobre vosotros el sueño de la inteligencia, la negrüra de la noche, el castigo de los dioses, la angustia de los espíritus, la indiferencia de la Natüraleza y la ferocidad de los hombres..., egoístas..., imbéciles...

Noctámbulo, Soñador y Rebelde

¡Loco!... Loco!...

Artista

¡Bah! ¡No hacedle caso! ¡Dejadlo! El vino suele remover su turbia locura.

Fatalista

¡Qüién sabe!...

Varios

(Acercándose a los cristales de la gran ventana del estudio).

¡Ea!... Vámonos, que el tiempo presenta mal cariz. Vámonos... Vámonos.

Fatalista

Vámonos, loco, te acompañaré hasta tü Fábrica.

Supersticioso

Yo también me iré con vosotros.

Noctámbulo, Soñador y Rebelde

Buenas noches.
Adiós, Artista.

Artista

Salud y Arte.

(Salen todos, menos el Artista. Este se acerca a la mesa bebe una copa, carga la pipa, y fumando y frotándose los ojos, a los que ya vence el sueño, se aleja y desaparece por una de las puertas laterales.)

ESCENA TERCERA

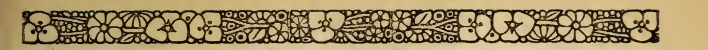
La ANCIANA

La Anciana

. . . .

(Entra lentamente y se acerca a la puerta por donde salió el Artista, se detiene allí y vuelve luego a la mesa y trata de recoger el servicio, mas abandona este trabajo y se sienta y cae en profunda meditación. A los pocos momentos se alza y dirigiéndose, lentamente también, a la estatua, queda ante ella en muda contemplación, y por último se abraza al pie de aquélla y rompe en amargo llanto... Tras esto, la luz de la escena comienza a debilitarse hasta extinguirse, siendo reemplazada por la de los relámpagos de lejana tempestad. Oyese vagamente el ruído del trueno y con toda claridad el de la lluvia y el viento que azota los cristales de la ventana y el chisporreteo de la leña que arde en la gran chimenea del estudio.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

La escena representa el laboratorio industrial de una Fábrica, en el cual se ven crisoles, hornos de hulla y eléctricos, frascos, balanzas y demás aparatos, mesa de trabajo y de pruebas, etc., etc.... En la puerta del foro hay una mampara con un gran cristal en el centro, en el cual se lee por trasparencia un letrero que dice: «Reservado».

El DOCTOR y CARLOS

(El Doctor sentado en un sillón, medita).

Carlos

¿Se puede pasar?

Doctor

Adelante, Carlos.

Carlos

Dispense usted que le moleste; pero tengo que enterarle del éxito de la nueva aleación. El Ingeniero del taller de pruebas envía estos datos, y su más cordial enhorabuena para usted, a la que uno la mía.

Doctor

Gracias, Carlos. Hágame el favor de dejar esos datos sobre mi mesa. Luego los veré.

Carlos

Los Ayudantes del laboratorio que están de servicio esta noche, acaban de presentarse... y si usted quiere darme sus instrucciones...

Doctor

Nada por esta noche. Harto hemos trabajado estos días. Hágame el favor de decirles que pueden retirarse. ¡Ah! Dígales también, que antes de irse llamen por teléfono a las Oficinas y pregunten si está en su despacho el Gerente.

Carlos

Según creo entender, no piensa usted retirarse esta noche. ¿Quiere usted que me quede yo en el laboratorio, por si necesita usted que le ayude en sus nuevos trabajos?

Doctor

Gracias. No sé si trabajaré o me marcharé, o si me quedaré a dormir aquí mismo donde estoy. Hay momentos en que creo que sólo aquí podré descansar; pero hay otros en que no creo posible descansar en ninguna parte; así que no sé lo que haré.

Carlos

Trabaja usted demasiado.

Doctor

Phs...

Carlos

Con su permiso, pues, me retiro y que usted descanse.

Doctor

Adiós, Carlos. Buenas noches.

ESCENA SEGUNDA

El DOCTOR y Don JOSÉ

Don José

¡Doctor querido! Acabo de llegar a mi despacho; pero como me han dicho que usted ha preguntado por

mí, me he apresurado a venir a verle. No sabía ciertamente si estaba usted en la Fábrica: de haberlo sabido desde luego hubiera venido a felicitarle.

Doctor

¿Sabe usted ya el resultado de las pruebas?

Don José

Sí, sí, lo sabía. Me dieron cuenta de ello, y me apresuré a comunicarlo al Consejo de Administración. Ya lo sabe éste, y todos felicitamos a usted.

. . . .

Doctor

¿De modo que ha hablado usted con el Consejo de Administración?

Don José

Sí; de allá vengo.

Doctor

Bien. ¿Y de mi dimisión, qué hay? ¿Está aceptada?...

Don José

¡Pero, Doctor! ¿Cómo pensar que deje usted el cargo, cuando precisamente esta tarde acaba de acordar el Consejo que se le conceda a usted participación en nuestra Sociedad en la cuantía que usted señale?... ¡Comprenderá usted que hablar de su dimisión en estas condiciones no hubiera sido lógico!

Doctor

Pues, a pesar de todo, insisto en presentar mi dimisión. Estaré aquí sólo el tiempo preciso para que la Empresa pueda nombrar quien me sustituya: 15 días, un mes; pero conste que deseo marcharme.

Don José

¡Qué dice usted!

Doctor

Lo que usted ha oído: que quiero marcharme.

Don José

Doctor: Razonemos. Si usted fundado en la obtención de su descubrimiento, quiere fundar una Empresa para explotar el negocio, desde luego encontrará usted capital para ello; pero esa Empresa no podrá concederle a usted más de lo que la nuestra le ha concedido. Además: permaneciendo usted con nosotros, economizará el tiempo que forzosamente ha de perderse hasta que la nueva Fábrica produzca; y este dato no es nada despreciable, pues como usted sabe muy bien, el mercado de hoy es una bendición y hay que aprovecharlo.

No es, pues, comercial su deseo de marcharse, y por lo tanto podemos decir, que ni es lógico, ni razonable, ni puede admitirse... No, no puede ser.

Doctor

Pues, a pesar de todo, me marcharé.

Don José

¡Pero y de su invento, qué hace usted!

Doctor

No pienso explotarlo.

Don José

¡Que no piensa usted explotar el invento de un nuevo metal que es diez veces más económico que el que producíamos antes!... ¡Pero usted sabe lo que dice!... ¡Ha tenido usted en cuenta los millares de toneladas de ese producto, que bien organizado el negocio, podríamos vender a unos y a otros!...

¡No ha pensado usted en que de lanzar pronto al mercado el nuevo metal, vendrán a tierra todas las empresas que con nosotros compitan, y a sacos entra-

rán los millones en la Caja de la nuestra!... ¡Cómo no querer explotar su invento!... ¡Vamos, eso sería incomprensible!

Doctor

Pues no lo es.

Don José

Analicemos con calma el asunto, querido Doctor. Bien mirado, puede decirse que usted es el principal accionista de la Empresa, su Presidente futuro tal vez, y conviene que usted sepa que a consecuencia del movimiento societario, obreros de todas clases y condiciones han llamado a las puertas de nuestra Fábrica pidiendo a voces trabajo, aunque lo que su pensamiento pide es solo dinero, fundándose en que los beneficios de nuestra Empresa, por ser cuantiosos, deben beneficiar a todos.

Pues bien; este movimiento y el invento de usted pueden ser causa de un encumbramiento y una popularidad envidiable para nuestra Empresa, porque no sólo nos llevará a ampliar y extender enormemente nuestra producción, sino que hasta podremos sacrificarnos en bien del obrero, escogiendo los mejores entre los procedentes de las Fábricas que nosotros matemos. Los demás, húndanse en el Orco profundo de la guerra, que no en balde sobran hombres en el mundo.

¿Conoce usted explotación alguna más democrática, moralizadora y patriótica que la que puede llegar a ser nuestra Empresa? Ja..., ja..., ja.

¿Qué dice usted ahora?

Doctor

Pues, lo mismo que antes. Que me marcharé.

Don José

¡Pero cómo puede ser eso! Perdone usted Doctor: llevo veinte años al frente de la Gerencia de nuestra

Empresa, creo conocer estos asuntos, y fundado en ello he expuesto a usted el Debe y el Haber del nuevo negocio y la liquidación a nuestro favor, que no puede ser ni más buena, ni más justa, ni más verdadera; pero o yo estoy equivocado, o el claro talento de usted conoce alguna partida importante que hay que fijar en el Haber, y que echa por tierra mi liquidación... ¿Quiere usted indicármela?

Doctor

La partida que yo anoto en todo Haber es la Caridad, y puede que por ella su liquidación se hunda, que siempre el Amor echó por tierra todo interés.

Concluyamos: Quiero aprovechar mis energías trabajando en bien de los hombres; pero jamás para proporcionarles elementos con los que se destruyan. Esa es la causa por la cual presento mi dimisión, y por la que renuncio a explotar mi invento.

Don José

¡Ta... ta... ta... ta!... ¡Solicitud filantrópica!... ¡Pero es posible creer lo que oigo!...

Doctor: o yo padezco una alucinación, o usted está enfermo. Veamos: Usted sabe que yo soy Médico; pues bien, ¿quiere usted permitirme que examine... su resolución desde este punto de vista?

Doctor

¡Como Médico!

Don José

Sí. Mis conocimientos y mi experiencia me dicen que su propensión a la fatiga, su tristeza habitual, su irritabilidad y la ansiedad que reflejan sus aspiraciones de Amor y Caridad hacia los hombres, todo ello no son más que síntomas primarios de una neurastenia, originada bien porque su excesivo trabajo ha rebasado sus fuerzas de resistencia, o bien porque las ilusiones

de la juventud no le hacen ver aún como recomendable poner una sordina a las impresiones morales originadas por la lucha que nos rodea.

Créame firmemente, hay que fortalecer nuestros músculos y endurecer nuestra alma, y para ello nada más conveniente que volver a la vida de la Naturaleza, pero sin olvidar que hay que querer lograr la curación, pues de lo contrario ésta jamás llega.

Conviene, Doctor, que marche usted una temporada al campo y que en él siga las indicaciones que yo, o cualquier otro Médico, puede prescribirle...; y, créame usted, al recobrar la salud perdida, el éxito le acompañará en el negocio. ¿Estamos de acuerdo?

Doctor

¡Bravo, Don José! Está perfectamente trazado el diagnóstico y el tratamiento de esa..., ¿cómo la llamaremos?...; ¿enfermedad?...; eso, enfermedad; pero de Doctor a Doctor, y no se enfade usted por lo que voy a decirle, porque también tenemos nosotros palabras destinadas a ocultar nuestra ignorancia en ciertas cuestiones, la enfermedad que usted define no existe, por lo menos en mí.

En mí hay más sino la nostalgia de un mundo justo y bueno, o de una sociedad formada por almas grandes y generosas tal como mi razón me demuestra que debe existir, y de ahí el por qué, al encontrarme en un medio antítesis de mis pensamientos y contra el cual me es imposible luchar, aparecen en mí la propensión a la fatiga, la tristeza habitual, la irritabilidad, y por último, la ansiedad por abandonar esta espesa selva de egoísmos y odios en que vivimos, y salir a las anchas praderas donde el sol de la Justicia siempre brilla y el Amor es el lazo de unión entre los hombres.

Y para demostrarle que esta es la verdadera causa de las manifestaciones que usted considera síntomas

primarios de neurastenia, no hay más sino imaginarse que usted se encüentra trasladado a esa sociedad ideal con la que yo süeño, y seguramente encontraríamos en usted la misma fatiga, la misma tristeza, la misma irritabilidad y la misma ansiedad por abandonar ese mundo; es decir, la nostalgia de este otro en que vivimos, en el cual üsted goza preparando sus notables liquidaciones.

De ahí también la ineficacia de sü tratamiento, porque ni usted puede querer vivir en la pradera sensibilizando su alma, ni yo puedo querer vivir en el bosque endureciéndola. Y esto no son ilusiones de la juventud, que bien conocido debe ser para üsted aquello de qüe

«para vivir en paz y en santa calma,
o sobra la materia, o sobra el alma».

Don José

Desgraciadamente veo que üsted duda de mis conocimientos como Gerente y como Médico, y no es posible entendernos. Me retiro pues.

Doctor

Desgraciadamente de lo qüe yo dudo es de la bondad de sü alma. ¡Hay más seres que encuentran su placer en el mal que lo qüe püdiera creerse!...

Don José

¡Señor mío!...

Doctor

Salid...

ESCENA TERCERA

El DOCTOR

Doctor

¡Desdichada Humanidad, qué caro pagas el gobierno de los hombres del mal!

¡Si yo pudiese lograr que mis pensamientos se realizasen!... (Señalando a los crisoles).

¡Sí! ¡Pero en ese caso!... ¡Bah!...; no importa; digamos cual Hamlet: ¡Ser o no ser, tal es la cuestión! Sea, pues.

(Se dirige a la mesa de trabajo, abre una carpeta y consulta unas notas; luego mira el reloj y toca un timbre).

¡No acude nadie!...

¡Ah!... ¡Es verdad; mandé retirar a todos!..., mas no importa. (Por sí mismo echa carbón en el horno de los crisoles).

Ahora a esperar.

(Se sienta en una butaca y cae en profunda meditación).

. . . .

¡Miserables!... ¡No hay más remedio que trabajar por la realización de mi idea, y si para lograrlo fuera necesario el poder del infierno, a él iré, y al mismo Diablo le rogaré su auxilio!

. . . .

(Queda profundamente dormido en el sillón).

ESCENA CUARTA

El DOCTOR y SATÁN

El Doctor duerme. A los pocos momentos la escena comienza a perder luz hasta quedar en tinieblas; mas tras breves instantes de obscuridad se ilumina poco a poco con una luz roja intensa, a favor de la cual comienza a distinguirse y se descubre después claramente la figura de Satán. Esta luz roja dura toda la escena.

Satán

Aquí me tienes.

Doctor

. . . .

Satán

El Diablo no; el Demonio si quieres; Satanás.

Doctor

. . . .

Satán

¡Phs! Soy una realidad relativa...

Doctor

. . . .

Satán

¿Qué cómo creerlo?... Pues, teniendo fe.

Doctor

. . . .

Satán

¡No te asombres! Hablo de la fe que necesitan todas las realidades relativas. Yo estoy en tí por tu idea y en mí por tu fe... *Ergo..., ego sum qui sum.*

Me sentaré. Estoy cansado.

Doctor

. . . .

Satán

¡Vamos, no digas niñerías! Tranquilízate y habla como Doctor. Yo soy una idea absoluta, y por tanto, he sido y seré por todos los siglos. Tú bien lo sabes.

Doctor

. . . .

Satán

¿Que qué busco?... ¿Que qué quiero?... Ni busco ni pido nada. Ahora me lo dáis todo hecho; y tanto es así, que casi estoy por trasladar mi corte entre vosotros... ¡Brava guerra armasteis!... ¡Desde que el

mundo es mundo, jamás vi tal bienaventuranza en acciones, pactos y tratados!... Mas no perdamos el tiempo... Me has llamado y aquí estoy... ¿Qué quieres?... ¿Hablemos?...

Doctor

. . . .

Satán

¡Ya... ya...!

Doctor

. . . .

Satán

Conforme... Buscas algo que produzca una catástrofe tan enorme y espantosa, que ante ella los hombres se vean obligados a ayudarse y cesen de destruirse. Conforme... conforme... Pero ocurre lo de siempre... ¡Los dominios de vuestros conocimientos son muy limitados, y vuestro pensamiento, en su desesperante imposibilidad, al sumergirse en las tinieblas que se extienden más alla de vuestra Ciencia, sueña siempre en mí!...

Doctor

. . . .

Satán

¡Ya..., ya...! Está comprendido.

Doctor

. . . .

Satán

Muy pronto tendrás esa idea.

Doctor

. . . .

Satán

Ni te la daré yo, ni pido nada por ella. No quiero engañarte... Hoy me siento honrado y generoso entre vosotros... Créeme.

Y tan no quiero engañarte, que, como ves, vengo a tí con mi traje de siempre, y no doy voces como aquellos que en sus discursos y pláticas vociferan y chillan para que no se oiga la voz de su conciencia que les está gritando: ¡mentira!... ¡mentira!... Hablo bajo.

No, no; no quiero engañarte... La idea que buscas llegará. Está escrito.

Doctor

. . . .

Satán

¡Qué niño eres, Doctor!... ¡Que te enseñe a leer en lo porvenir!... Lo que ocurre es que los hombres tenéis la obcecada costumbre de mirar siempre en una sola dirección. Esto es un defecto en la obra del Maestro...; pero no divaguemos: Mira hacia otro lado, y seguramente encontrarás la idea que buscas. Esta, ha tiempo que camina por el infinito.

Doctor

. . . .

Satán

¿Que no me comprendes? Bien. Trataré de explicarme.

Tú sabes, Doctor, que en lo infinito todo es evolución creadora, y que cuando un astro extingue su luz y muere, vuela la energía a crear otro nuevo; pues bien, así como la luz del astro que murió, llega no obstante a otros mundos anunciando una vida que ya no existe después de cientos o miles de años que tardó en hacer su recorrido, de la misma manera aquella

energía creadora que ha de formar el nuevo astro, cientos y miles de años ha también qüe voló por lo infinito para llegar a constituir aquél a su debido tiempo... Y del mismo modo que siguiendo en la inmensidad a ün rayo de lúz, se ve en él la acción que impresionó en la vida, de la misma manera, en la vibración qüe de la eternidad llega para crear un mündo, puede leerse también el pensamiento que en él ha de cumplirse...

Todo está escrito... De ahí el porqüé te decía qüe tendrás la idea que büscas... En cüanto a dártela yo, tampoco es posible... Dios es el YO de lo infinito..., y yo nada puedo...

Ahora, tranquilízate, descansa, espera, y... *felix qui potuit rerum cognoscere causas.*

. . . .

(Queda en tinieblas la escena, Satán desaparece y el Doctor sigue durmiendo).

ESCENA QUINTA

El DOCTOR

Doctor

(Despertando). ¡Qüé sueño más raro!... ¡Qüé pesadilla más molesta!... ¡Y sin embargo, no deja de encajar perfectamente en el marco de mis pensamientos!

(Se ilumina la escena con una intensa y rápida luz roja, y uno de los crisoles estalla y salta, cayendo al suelo roto en pedazos; luego la luz roja desaparece cambiándose en blanca).

¡Qué es esto! (Mira el reloj).

¡Falta aún tiempo!

(Remueve los pedazos del crisol que están esparcidos por el suelo, y de entre ellos recoge un pedazo de metal amarillo que examina con detención después de enfriarlo en agua).

¡Es raro!

¡Cómo puede ser esto!

¡Faltaba también!... No, no es posible...

¿Acaso será la realización de mi sueño?...

¡Bah! ¡Tonterías!... ¿Cómo creerlo?... No; no puede ser. Comprobémoslo.

(Vierte unas gotas de un líquido sobre una piedra, y frota contra ella el metal).

. . . .

¡ORO!... ¡Pero es posible!... ¡Con que esto es ORO!... ¡Sí; no hay duda!... ¡Entonces, o mi sueño fué una realidad, o esta realidad es un sueño!

. . . .

¡Mi frente arde, mis sienes laten con violencia, mi inteligencia se nubla, y a mi mente sólo acude con constante martilleo el pensamiento de Confucio:

«Yo soñé una vez que era mariposa;
¿quién sabe si ahora no soñaré que soy hombre?»

¡Ah; esto es horrible!... (Arroja el oro).

. . . .

(Reaccionando). ¡Bah, bah!... No nos acobardemos ni nos arrepintamos de nuestros propósitos. Estamos en presencia de una de las realidades más tangibles y no hay que dudar ante ella. Apartemos, pues, las preocupaciones y fantasmas que nos cierren el paso, y sigamos el camino de nuestro ideal... «La suerte está echada...» ¡Adelante!...

. . . .

(Recogiendo el oro). Ven acá... Ven conmigo, dios de la discordia, imán de los corazones, piedra perturbadora de los sentidos, talismán del poder, gloria y virtud amonedada, comodidad y goce reducido a peso...

Por tí el hijo se vuelve contra el padre y el hermano contra el hermano; tu inaudita fuerza de atracción vence todos los sentimientos y rompe todos los lazos; por tí lo blanco es negro, lo claro turbio, lo de arriba es lo de abajo... Por tí las cárceles y los presidios se abren y las bocas se cierran, las chirlatas son fuentes de caridad y las mancebías templos; por tí la honesti-

dad se hace alcahueta, la justicia moza de partido, la santidad se alquila y la piedad chorrea sangre...

¡Ah, piedra maldita!... Ven acá, yo te llevaré a los hombres, y que tu fatal influjo y tu ponzoña trastorne y derrumbe todo lo existente, hasta que la *Razón* y el *Amor* puedan establecer su imperio en la tierra...

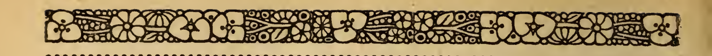
¡Ven!... ¡Ven!... ¡Vamos a ellos!...

¡Aleluya, aleluya!...

¡Prometheo va a entregar un nuevo fuego a los hombres!...

¡Ja... ja... ja... ja!

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La escena representa un calabozo perteneciente a un castillo o prisión que se ha derrumbado, y en el cual subsiste aquél a medio destruir, y entre cuyas ruínas aparece el Doctor amarrado al muro con fuertes cadenas.

ESCENA PRIMERA

El DOCTOR

Doctor

¡Por alborotador del pueblo, vencido y preso entre cadenas, sufro la pena de mi compasión por los hombres!... ¡Oh fuerza y violencia del poder!; ¿por qué no terminastes tu obra?... ¡Oh muerte!; ¿por qué respetas tanto mi pobre existencia?...

Crugen y rásganse los muros, con terrible estrépito desplómanse los techos, húndese hasta el mismo suelo bajo la pesadumbre del desastre, llegan hasta mí ardientes oleadas de espeso humo, nuncio tal vez de nueva y asoladora desgracia, vaga entre todo ello la muerte, y sólo queda a salvo y se respeta en esta hecatombe, la férrea cadena que me amarra a estas candentes peñas, y la escasa y tenaz vida que liga mi alma a este su miserable y desfallecido cuerpo.

. . . .

Cesa luego la catástrofe, aquiétase la desolación, el ruído duerme, la desgracia se aleja, viene tras ella la calma y la quietud del desastre cumplido, y aquel designio que respetó mi existencia, me otorga de nuevo

sus favores haciendo que llegue hasta mí un rayo de la dorada luz del sol, para que ante este cuadro de desesperación vibre en mi memoria el recuerdo de la alegría de la Naturaleza cuando es propicia a los hombres...

¡Oh inícua sentencia!... ¡Oh muerte olvidadiza!... ¡Oh suerte maldita!... ¡No es posible dudar de la poderosa protección y firme amparo del destino!..., ¡mas alégrate alma, que este débil cuerpo que te aprisiona jura por tí misma que ya no puede sostener más la pesada carga de la vida!...

ESCENA SEGUNDA

El DOCTOR y una madre con dos niños pequeños.

Huyendo temerosa aparece entre las ruínas una madre que lleva de la mano a dos niños pequeños. Busca un sitio que sirva de albergue para ella y sus hijos, y está cansada y enferma. Trozos de muro y maderos separan el sitio en que se encuentra la madre del lugar donde se halla el Doctor.

La Madre

¡Dios mío!... ¡Dadnos un albergue seguro!
¡Venid, hijos míos; venid aquí y descansemos!

Doctor

¡Creo oir una voz!

La Madre

(Sentada en un rincón de las ruínas y con sus hijos acostados en su regazo).

Dormid, dormid, hijos míos.
¡Protégenos, Señor!

Doctor

¡Sí; no hay duda... alguien habla ahí!...
¿Quién va?...
¿Llegará por fin alguien compasivo de mi desgracia?...

La Madre

¡Dios mío!... ¡Gente aquí!... ¡Venid, hijos míos!... ¡Señor!... ¡Qué hacer!...

Doctor

¡Nadie responde! ¡Necio de mí que olvidé los favores de la suerte!... ¡Ay de mí!

La Madre

¿Será algún herido?

(Coge a sus hijos de la mano y con todo temor y después de buscar un paso franco entre las ruínas, entra en el lugar donde se encuentra el Doctor).

Doctor

¡Una mujer!...

La Madre

¿Qué os pasa, Señor?...

Doctor

¡Que no sé ni cómo vivo, ni cómo no muero!... Tengo sed. (La madre le acerca el cántaro y bebe).

Gracias.

La Madre

¡Estáis preso!

Doctor

Sí.

La Madre

¿Y no hay medio de libraros de esas cadenas?...

Doctor

No creo que sea posible; las amarró el destino.

La Madre

Probaré a libraros; mas... decidme, Señor: ¿Si os libro de ellas no nos haréis mal a mí y a mis hijos?...

Doctor

¡Infeliz mujer! ¡Cómo pagar tu solicitud con daño!...

¡Mas no temas, que tales trabajos no son dados a tus fuerzas!...

La Madre

(Prueba a libertarlo). Señor; estoy enferma, me consume la fiebre, y tal vez por eso no puedo libertaros; pero no importa, mis hijos y yo os acompañaremos en este destierro hasta que haya medio de salvaros... Aquí tengo un poco de pan para mis hijos; mas si tenéis hambre os daré de él.

Doctor

¡Si tu alma abriga alguna ilusión no la abandones, que no hay mejor sostén de la vida que la esperanza; en cuanto a mí, ya nada necesito; mi fin está muy cercano!

La Madre

(Se sienta y acoge a sus hijos de nuevo en su regazo. Estos se acuestan en él y quedan luego profundamente dormidos).

. . . .

Doctor

¿Cómo llegastes hasta aquí?

La Madre

Huyendo de los hombres.

Doctor

¡Huyendo de los hombres!

La Madre

Sí, señor, huyendo de los hombres. Pocos quedan ya; mas es preciso huir de ellos como de las más terribles fieras.

Doctor

¡No te comprendo!

La Madre

Será que estáis aquí desde hace tiempo, cuando no sabéis lo que pasa en el mundo.

Doctor

No sé nada: cuéntame lo que ocurre.

La Madre

Pues que apenas acabó la gran guerra que sosteníamos, cuando vino sobre la tierra tal concordia y tal paz cual nunca se hubo conocido; y tanta y tanta fué la ventura entre todos, que por el momento nadie pensó más que en su propia felicidad.

Luego, y muy al poco tiempo, huyó aquella dicha, y como si en lugar de ella hubiera nacido el odio y la desesperación, acometíanse los hombres como fieras, y como fieras también despedazaban a las mujeres y a los niños, al par que destruían cuanto encontraban a su paso.

Hoy las ciudades están arrasadas, y ellas y los caminos y los campos, todo está sembrado de cadáveres, de desolación y de espanto, pues no se sabe qué aterra más, si aquellos hombres fieras, o estos hombres muertos, cuyos abiertos y terribles ojos por todas partes se encuentran y por todas partes os persiguen.

Doctor

¿Y cómo pudistes llegar a este yermo inaccesible?

La Madre

Ocultándonos durante el día, y caminando cuando cerraba la noche.

Doctor

¿Qué medios esperas lograr para librarte tú y librar a tus hijos?

La Madre

Yo por mí nada necesito. Sólo espero encontrar al SALVADOR y entregarle mis hijos. Después ya püedo morir, pües moriré tranquila.

Doctor

¡Qué dices!...

La Madre

Digo, señor, qüe sólo espero encontrar al SALVADOR para entregarle mis hijos y morir tranquila...

Doctor

¿Pero qüién es el SALVADOR?...

La Madre

Nadie lo conoce, ni sabe quién es; pero dicen las madres que va por todos los caminos y por todos los campos recogiendo a los niños que aún viven, guiándolos y socorriéndolos...

No habla con nadie, va vestido de blanco, y de todo Él parte una lüz blanca y fría...; pero los niños le siguen alegres y cantando...

Doctor

¿Y cómo piensas encontrarlo?

La Madre

¡La lüz qüe parte de su cuerpo dicen que se ve desde muy lejos!... ¡y aqüí esperaré qüe llegüe a nosotros!...

¡Mas, qué es esto, Dios mío! ¡Me siento desfallecer!

¡Ah!... ¡Las fuerzas me han engañado; pude llegar hasta aquí, mas creo que no podré seguir adelante!...

¡Dios mío, me siento morir!...

¡Señor!... ¡Mis hijos!...

(Por la ventana del calabozo entra una luz blanca que va ganando en intensidad, al par que se oye un rumor lejano de canto infantil que poco a poco se acerca y aumenta y que canta: AVE SEÑOR!!!...)

La Madre

¡El SALVADOR!... ¡Mis hijos!...
¡Gracias... SEÑOR!... (Muere).

. . . .

Doctor

(Señalando a los niños el paso que hay franco entre los muros).

¡¡¡Salid... salid..., hijos míos, que el *AMOR* pasa por el mundo... y PROMETHEO es salvo!!!...

¡Hosanna!... ¡Hosanna!... (Muere).

. . . .

. . . .

(El canto infantil se acerca cada vez más, y cual si este canto ejerciera un efecto de demolición sobre las ruínas, los muros de la prisión comienzan a rajarse, se desquebrajan y hunden, dejando un paso franco al exterior por el que a torrentes entra la luz blanca iluminando por completo la escena, mientras que los niños, sonriendo y tendiendo sus bracitos a *algo* invisible, salen lentamente de la prisión).

FIN DE LA TRAGEDIA

Precio: UNA PESETA